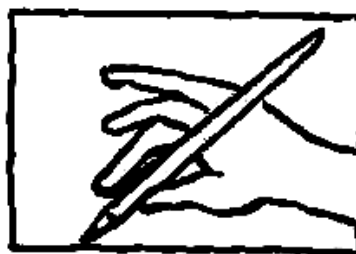


RESEÑAS



RAZONES PARA UN OPTIMISMO

Arnaldo Acosta Bello

La accidentada vida en la enseñanza de las artes plásticas ha conocido momentos estelares y también la calma chicha y demoledora donde no sopla ningún viento de esperanza.

Esto ha sido así para casi todas las instituciones del país, signadas por crisis que no terminan de solucionarse, donde no sólo los recursos económicos, los mezquinos presupuestos, inciden de manera determinante en el desenvolvimiento pleno de la docencia artística, sino también la falta de claridad en los objetivos, los programas, la falta de vigilancia conceptual, la estulticia, ¿y por qué no decirlo? el pronto envejecimiento de los esquemas, el cansancio y la postración que llevan a una muerte clínica y a la consabida partida defunción.

Hay sin embargo (no sabemos hasta cuando) reservas inagotables que en algunos casos son buenos augurios y en otros la autogénesis no sólo de la mítica ave fénix, sino de todos los vuelos posibles del espíritu humano. Si no fuera así, estaríamos perdidos.

En Mérida se ha escenificado una larga y cruenta batalla con silenciosos héroes, disciplina intelectual y artística, entrega austera. Verdaderos cruzados, casi quijotes y en muchos casos suicidas sin vanidad, que han permitido, aún en medio de la sangre, limpiar un poco las heridas ocasionadas por el más despiadado desprecio hacia los bienes espirituales, oferta que no interesa a una sociedad cada vez más pragmática, donde las apetencias de éxito disuelven las fuerzas morales, liquidan la resistencia y finalmente imponen valores aberrantes, en nombre de una modernidad cuyos troqueles no cesan de confeccionar un hombre uniforme, seriado.

Felizmente en este centro de resistencia que es la UNAVID (Unidad de Artes Visuales y Diseño) cuya historia se remonta a la Escuela de Artes Plásticas y Artes Aplicadas *Antonio Esteban Frías*, posteriormente transformada en CEA (Centro Experimental de Arte) hay razones para sentir entusiasmo, no exactamente el de la victoria, pero sí el aliento y la confianza de un trabajo organizativo y de una mística a toda prueba.

Muchos son los nombres que debemos citar, desde Régulo Pérez hasta Franco Contreras. Manuel Espinoza, José Antonio Dávila, Carlos Contramaestre, Guillermo Besembel, José Montenegro, Omar Granados. Y mucho antes, Jorge Arteaga y Mauro Bello que reestructuró gran parte de lo que parecía perdido, y próximo a él, Lorenzo Calzadilla.

Igualmente están Marcos Miliani, Oswaldo Vigas, José Benítez, el Indio Guerra, Antonio Eduardo Dagnino, Aníbal Gutiérrez, Juan Calzadilla, Manuel de la Fuente, Betania Uzcátegui, Jesús Guillén, Dámaso Ogaz, Gilberto Torrealba, Jorge Kluseman, nombres inscritos en el escudo de armas de esta ciudadela; y otros más recientes como Grisolia, Molina, Lobo, Guacarán, Colmenares, Dávila, Márquez. Y, para no ser injustos habría que mencionar a aquellos como Mario Abreu, el Chino Hung y Bellowin, que a través de múltiples formas, en especial seminarios tienen parte en este amanecer que es también un acontecer.

Hoy, con motivo de la primera promoción egresada del UNAVID publicamos las palabras de su Director Franco Contreras y de Luis Fernando Matheus, por los egresados, con la finalidad de testimoniar acerca de un hecho, que, a juzgar por las

palabras, está signado por el optimismo.

Es obligatorio citar a otros como Tarik Souki, Mary Guerrero y Herzon Chacón, que desde otras perspectivas engrandecieron el proyecto. Y los espíritus tutelares, grandiosos de Micaela Mijailkova y de Isabel Ribas, pura nobleza de alma.

Arnaldo Acosta Bello

“Comenzaré diciendo que es terriblemente difícil para quien nunca ha participado en un sitio tan importante, y en un momento tan emocionante, no poder equivocarse en el transcurso de su intervención. Las circunstancias, a veces, obligan a asumir posiciones que nunca se creyó protagonizar, sin embargo, entiendo que nuestras vidas están hechas también de pequeñas sorpresas, en muchos casos, como ésta, verdaderamente hermosas.

Con el derrocamiento de la última dictadura por el pueblo venezolano, el año 58 se convirtió en la fecha más noble e importante del presente siglo en nuestro joven país. El pueblo, asumiendo el papel histórico que le correspondía, y corresponde siempre, se hinchó de cólera para reventar el espeso muro represivo que lo contenía.

Comenzando apenas el año, todas las cadenas se rompieron, todos los cantos dejaron su mudez y todos libremente, con fe ciega en el futuro, soñaron. Nosotros, hoy UNAVID, aparecimos en octubre del mismo año victorioso. Somos, entonces hijos legítimos de las violentas, vehementes y amorosas jornadas que el pueblo protagonizara el histórico enero.

Aparecíamos no como mero pretexto para que las artes ocuparan un espacio dentro del inmenso tapiz, que con paciencia de tejedoras se comenzaba a reconstruir, no como medida hipócrita para recibir los aplausos de los aduladores de la naciente democracia. Nacimos porque respondíamos a una necesidad profunda de libertad, de poder expresar lo que al hombre le atormenta o apasiona en ese especial lenguaje de colores, formas, volúmenes, gestos, sonidos y palabras que es el arte: el hombre mismo.

Nacíamos porque era necesario, ineludiblemente necesario, expresar la vida, para que ésta sea precisamente la otra cara de la muerte: el sonido y la luz. Nacíamos porque el arte ha sido y será siempre parte importante y vital de la criatura que la naturaleza a través de miles de millones de años, fue poco a poco modelando con la infinita calma de quien modela a un dios.

Nacíamos porque el arte ha sido y será la sustancia, la vitalidad de la humanidad desde las cavernas, ahora y siempre. En nuestro país, la democracia no ha cumplido con el rol histórico que todos esperamos, desgraciadamente sus instituciones tampoco.

Caer en la absurda apología que al sistema hacen quienes han gobernado o hecho carrera política, nos parece una actitud falsa y en extremo peligrosa; asumir por el contrario la total actitud nihilista de negarlo todo, es pecar del mismo absurdo fanatismo que los anteriores. Lo que se ha logrado está a la vista, lo no cumplido igualmente se recuerda y siente. El pueblo vigilante sabrá, tarde o temprano, poner las cosas en orden.

En el caso específico de la cultura, de las artes en general, la realidad se ensombrece

y torna triste aún más. La democracia, en estos largos 30 años, no ha querido definir una política cultural acorde y clara para el pueblo venezolano; negligencia que deja las puertas abiertas a las transnacionales de la pseudocultura de masas.

Sin ningún fanatismo, pudiéramos decir que la cultura es la gran ausente, la gran huérfana en estas últimas décadas.

Las escuelas de arte, para sólo referirme a un detalle del complejo mundo cultural, son una verdadera vergüenza para la patria de Bello, Gallegos, Teresa Carreño, Reverón, Nazoa, Miranda y otros.

Nos mostramos a los ojos de los demás estados del continente y del mundo como verdaderos emporios de equilibrio, como ejemplos de libertades y justicias, cuando la realidad nos demuestra que en nuestro país no existe ni dónde ni cómo recibir una educación artística digna con los tiempos que corren, aún cuando tenemos una de las poblaciones artísticamente más talentosas del continente y del mundo.

A casi 200 años de nuestra Independencia y treinta del enero glorioso, no existe en el país un instituto superior de arte, ni siquiera pudiéramos decir que existen buenos a nivel medio. Sin embargo, caso como el de la UNAVID, único en el país, desde hace años hace todos los esfuerzos, libra todas las luchas para superar el estado de olvido en que siempre han mantenido a este tipo de institución. La institución universitaria, que debería cubrir las expectativas que el estado por torpeza no acomete, paradójicamente se ha convertido en un remedo triste de la realidad nacional. Temerosa a dar los pasos decisivos que el país necesita, la Universidad tampoco demuestra dentro de su compleja vida política, social y cultural, el equilibrio que el pueblo reclama. Agobiada por discusiones bizantinas, que en nada ayudan a la toma de decisiones, se asoma al siglo XXI aún vestida con enaguas tobilleras, hablando entre dientes como antaño íbamos a la iglesia.

Es preciso equilibrar las cargas, no puede existir Universidad verdadera si la parte humana, la más importante, prejuiciosamente se mira de soslayo y con escepticismo, como si el hombre no existiera, aún con tantas circunstancias adversas quiero decir lo siguiente: 'Posiblemente por mi espíritu escéptico y mi dificultad para acomodarme a esta vida, sólo recuerdo dos grandes emociones. Emociones que me han estremecido y hecho sentir la profunda fragilidad de los hombres:

Fue honda mi emoción cuando nació Atamaica (mi hija), luego fue profunda también cuando conocí la hermosa sencillez, la gitantesca convicción de lucha, la envidiable actitud de solidaridad del pueblo cubano.

Hoy nuevamente vuelvo a sentir esta rara creencia en el hombre; ese optimismo por la claridad de los días que se acercan. Si las primeras emociones las sentí casi solo, ésta última, la de hoy, es en cambio, el fruto de una bella experiencia compartida. Es el producto de esa lucha hermosa que nos han dado, la más honrosa, la más honorable, la más digna.

Cómo no va a ser digna nuestra lucha si hemos dedicado parte de nuestros momentos más preciados a buscar dentro de esa masa informe que somos los seres de hoy, al hombre más sencillo, al más humano; el mismo que tantos años atrás, en la

antigua Grecia, Diógenes, lámpara en mano, buscaba en pleno día, en aquel mundo de caos y corrupción.

Cómo, entonces, no va a ser honrosa nuestra lucha si somos todos los colores que se ven y no se ven, cuando la lluvia traspasada por la luz, se convierte en el asombroso arco iris.

Cómo, entonces, no va a ser honorable nuestro esfuerzo, si somos todas las flores del planeta, las grandes que parecen soles pequeñitos y las pequeñitas que parecen estrellas.

Cómo, entonces, no va a ser importante nuestra vida si entonamos el mismo canto que a los montes llenan de alegría sus habitantes diminutos.

Cómo, entonces, no vamos a luchar todos los días, si somos asaltados en cada momento por la savia más fresca que alimenta a este país y lo llena de esperanzas.

¿Se imaginan ustedes un mundo sin colores, sin música, sin flores, sin muchachos, sin artistas? Negándolo estaríamos haciendo gala de la bestia más triste y pobre del planeta.

Acaso todo este espectáculo sorprendente no fue planificado a través de todos los tiempos imaginables, con el único propósito de recibir al último ser que ha poblado este planeta, el único que vino con el don de reír, pintar, soñar, enamorarse y que hoy encarnamos.

Acaso semejante esfuerzo natural de tanta energía gastada no sirve para nada. Hasta dónde puede alcanzar esta pedante y egoísta manera de vernos nosotros mismos. Acaso con la actitud fría y calculadora, no estamos abriendo la tumba del inocente homo sapiens que endiosó la lluvia y sacrificó sus mejores sueños a la madre naturaleza o acaso no estamos negando nuestros antepasados Incas que amarraban al sol todas las tardes con cadenas de oro por miedo a que definitivamente se fuera. Adonde encontraremos más absoluta belleza que en esta sencilla manera de explicarse la existencia ¿Qué es lo que queremos? Acaso lo contrario.

Quiero, para terminar, referirme brevemente a dos puntos: Primero, dar las gracias a nuestros queridos egresados por haber tenido la paciencia y el amor suficiente para acompañarnos en esta larga travesía, en mi caso particular agradecerles infinitamente el haberme nombrado padrino de esta primera promoción de la UNAVID aún cuando sigo creyendo que no era el más indicado para tal distinción. Lo digo, no por falsa modestia, sino porque esta primera promoción es el trabajo unido que en estos últimos años han desarrollado: José Montenegro, Jesús M. Guillén, Guillermo Besembel, Angel C. Molina, Antonio Dagnino, Omar Granados, Luis E. Márquez, Eddy Calderón, María Consuelo Echeverría, María Dolores Nava, Roberto Díaz, Ramón Alf, Eulogio Paredes, y que de alguna manera han seguido muy de cerca, Elizabeth Moreno, Francisco Grisolia, Muñoz Lagos, Ronald Skinner, Víctor Blanco, Pedro Paraima, y Cecilia de Scorza y al que ahora comienzan a sumarse silenciosamente: Franklin Chung, José Miranda, Karin Alcalá, Luis Ramírez, José Limongi, Amparo Pastor, Nelson Gómez, Luis Lacruz, Dona Camino y Luis Trujillo. Todos ellos junto con Charles, Jaime Colmenares y todos nuestros alumnos son la gente con que la UNAVID cuenta.

A todos, sigo pensando, pertenece esta primera promoción.

Y segundo, ya para terminar, dar las gracias en nombre de todos los que en la UNAVID laboran y estudian, al Dr. Pedro Rincón Gutiérrez nuestro partero mayor, por esta preciosa lucha que nos ha dado. Gracias por la lumbre de estos primeros rayos. Sabemos que el día se acerca. Hoy hemos vuelto al lugar de nacimiento, hoy como ayer, nuevamente, necesitamos su asistencia en este bello parto de alegría que significa el más honroso fruto de nuestra existencia”.

Franco Contreras

